



Con la colaboración de Carlos Morán  
Prólogo de Alba y Emilio, hijos del autor  
Epílogo de Lourdes Maldonado

BUENAS, SOY

# EMILIO CALATAYUD

Y VOY A HABLARLES DE...

## ÍNDICE

PORTADA

DEDICATORIAS Y AGRADECIMIENTOS

CITAS

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

1. CÁNCER

2. POLÍTICA

3. CRISIS

4. HIJOS

5. TIRANOS

6. TRASTORNOS

7. INTERNET

8. PADRES

9. LEY

10. JUSTICIA

11. DECÁLOGO

12. ESPERANZA

13. REPASO

EPÍLOGO

NOTAS

CRÉDITOS

## DEDICATORIAS Y AGRADECIMIENTOS

Este libro está dedicado a la memoria de Azucena.

Gracias a Belén, Emilio (hijo), Diego, Alba y Celia por estar siempre ahí. Sois de lo que no hay.

Mi cariño para Sofy y Mathieu y mis hermanos: Carlos, Vicente (gracias por luchar contra el cáncer de Azucena como médico y como hermano), Juan, Pilar, Victoria y, especialmente, Javier y mi cuñada Pilar Calero. No me olvido de mis sobrinos Carlos, Nacho, Alejandro, Ana, Javier, Manuel, Pablo, Isabel, Julia, Bosco, Pilar, Cristina, Julián, José Miguel, Javier, Victoria, Guillermo, Santi y Merche.

Esta obra es también un homenaje a mi suegra Petra y a mi cuñado Santiago Miguel, porque yo perdí una esposa y ellos una hija y una hermana. Y un reconocimiento a Montse, Eva y Sara.

El libro que tienes entre tus manos, querido lector, es también una celebración del presente y una mirada al futuro. Gracias a «mi maestra», a Estani y toda la familia, a Anilla y a Dori, que, como Azucena, no vio terminadas estas páginas.

No puedo tampoco dejar de mencionar al personal, el de ahora y el de antes, del Juzgado de Menores número 1 de Granada: Charo, María José Calle, María José Ruano, Leticia, Puri, Mar, Marisol, Toñi, Pili, María, Pepe, Isabel y Piedad. Me acuerdo especialmente de Encarni: ponte buena cuanto antes, que te esperamos.

Mi más sincero agradecimiento a mi compañero, Francisco Maldonado, titular del Juzgado de Menores número 2, y a toda su plantilla.

Gracias, por último, a los fiscales de Menores de Granada: Rosa, Pepa y Rogelio, y a las personas que trabajan con ellos. Y, por supuesto, al Grupo de Menores de la Policía Nacional, y a la Guardia Civil de Granada y a la Policía Adscrita a la Junta de Andalucía. Y, claro, a Rosa y Luis y todos los trabajadores del diario *Ideal* por su apoyo y su cercanía.

Don Emilio, es usted un borde con corazón.

PABLO PINEDA, maestro de tantas cosas, escritor y actor.

El hecho de que millones de personas compartan los mismos vicios, no convierte esos vicios en virtudes; el hecho de que compartan muchos errores no convierte a éstos en verdades.

ERICH FROMM

Culparse uno mismo es propio de quien comienza a aprender. No culpar a los demás ni a uno mismo es lo que hace quien ya ha acabado de formarse.

EPICTETO

Para consolidar una conducta es imprescindible la repetición de los mismos actos. Adquirir desde jóvenes tales o cuales hábitos no tiene poca o ninguna importancia: tiene una importancia absoluta.

ARISTÓTELES

## PRÓLOGO

Con la camisa arrugada, los pantalones manchados y un dedo roto, entró Emilio Calatayud, una tarde de primavera, en un salón de actos, donde una impaciente audiencia le esperaba para entregarle un premio. Después de que se le enganchara la alianza en el manillar de la moto y ésta se le cayera encima, se le rompió el dedo. Corriendo para alcanzar un taxi, con dificultades porque se le adelantó una señora, se cayó al suelo y se manchó los pantalones. Pero, finalmente, a pesar de todos estos percances, Emilio consiguió su merecido premio.

Día a día, todos nos encontramos con obstáculos, unos más pequeños que otros, pero que tenemos que superar para alcanzar nuestro objetivo. Algunos son más franqueables, otros más difíciles de vencer, pero en eso consiste la mayor parte de las veces la vida. Como probablemente sabéis, nuestra familia se enfrentó a una de las situaciones más duras que en algún momento todos afrontamos en la vida: el fallecimiento de nuestro pilar fundamental, Azucena Ortega, su mujer, nuestra madre. Ella nos enseñó a luchar hasta el último momento, mostrándonos a todos los que estábamos a su alrededor sus ganas de vivir con sus sonrisas diarias y el deseo de ser y hacernos felices día a día. Esa alegría cotidiana tan imprescindible, pero que muchas veces se nos olvida. Nos enseñó a «dosificar» los problemas de nuestra vida e ir afrontándolos poco a poco, con es-

fuerzo y paciencia. Estos ejemplos de superación nos enseñan que las dificultades siempre se cruzan en nuestro camino, pero como dice nuestro padre, es mucho más fácil superarlas si tienes un «colchón». Entiéndase por colchón la familia, los amigos y también para nosotros nuestras parejas, Sofy y Mathieu. Muchas gracias a todos. Como dice nuestra «yaya»: «Al mal tiempo, buena cara».

Hay veces que esos problemas cuesta más digerirlos o que, por diferentes motivos, se adivinan insuperables. Desde pequeños comenzamos escribiendo con lápiz, con el que tenemos a su fiel compañera la goma, que nos permite borrar. De pronto, el profesor nos da el «carné de bolígrafo». Con éste se nos prohíbe cometer errores y si, por el contrario, te equivocas, siempre queda ese «tachón» que mancha tu impecable folio. Es como nuestra vida. Los errores parecen perseguirnos. Ésa es nuestra frustración. Nos prohíben que nos caigamos. Nos prohíben equivocarnos. Tenemos miedo a no superar nuestras dificultades. Tenemos pánico a fracasar. Pero hay una cosa que tenemos que aprender y enseñar: el fracaso es un medio de aprendizaje, es un paso hacia el éxito. Antes o después, todos comprendemos que la vida no es sencilla, pero cualquier vivencia, positiva o negativa, construye en su medida nuestra experiencia. Todas y cada una de ellas nos ayudan a valorar no sólo lo que es un problema, sino también lo que es la felicidad. Y ahí está el término al que queremos llegar: experiencia. Da la casualidad de que esta palabra empieza con la E de error y acaba con la A de acierto. Aprendemos de nuestros errores e incluso nos apoyamos en ellos para conseguir aquello que nos proponemos: ser felices. Con la experiencia de Emilio Calatayud, como juez, como padre y como ciudadano, te invitamos a disfrutar de este libro con temas cotidianos y actuales. Esperamos que te invite a la reflexión y a sacar conclusiones que te ayuden en tu día a día.

## ALBA Y EMILIO CALATAYUD



## INTRODUCCIÓN

### EMILIO JUAN ILDEFONSO

Buenas, soy Emilio Juan Ildefonso Calatayud Pérez. Emilio lo heredé de mi abuela Emilia; Juan, del obispo que me cristianó, e Ildefonso, porque así se llamaba el prelado que precedió en el cargo al que me bautizó y con el que mi familia había tenido una estrecha relación. Pero bueno, a partir de ahora y para ahorrar tinta y papel, soy simplemente Emilio. Como mucho, don Emilio.

Nací el 22 de diciembre de 1955 en Ciudad Real, en La Mancha, tengo siete hermanos y me quedé viudo el 25 de agosto de 2011. Mi padre, Carlos Calatayud, era abogado, y mi madre, Pilar Pérez, una gran deportista: jugaba a *hockey*, balonmano y baloncesto, disciplina en la que ganó un campeonato de España.

Carlos y Pilar se conocieron en La Coruña. A mi progenitor y otros quince manchegos más les tocó hacer el servicio militar por las brumosas tierras celtas. Todos sin excepción volvieron emparejados y dispuestos a contraer matrimonio. No tuvieron tiempo para jugar entre ellos los tópicos partidos de solteros contra casados. Cada uno de ellos se trajo una alianza en la maleta.

### LA SOLEDAD DEL NADADOR DE FONDO

A lo que íbamos. Por mis venas y arterias corre sangre castellana y gallega, y he vivido en Madrid, Tenerife y Grana-

da. Además, mi mujer, Azucena, era de La Rioja, y mis dos hijos, Emilio (veintiocho años) y Alba (veintidós), vinieron al mundo en una colina que se asoma a la Alhambra, que no es mal sitio, claro. Para resumir este gozoso mestizaje, yo digo que soy un manchego del Albaicín, mi barrio, un inimitable rincón de Granada que es Patrimonio de la Humanidad y en el que he pasado los peores y los mejores momentos de mi vida. Ya lo irás viendo, amable lector.

Comentaba antes que Pilar, mi madre, era un portento físico que inculcó a toda su descendencia su amor por el deporte. A mí me dio por la natación. No me fue mal. Gané algunos trofeos regionales y conseguí marcas potables. Cada día de entrenamiento, y fueron un montón, podía hacerme unos 10.000 metros en la pileta. Era duro. La soledad del nadador de fondo, que le dicen. Pero los estudios me apartaron de la piscina. Era imposible —al menos para mí— compaginar la carrera universitaria con el deporte.

Es curioso, porque los libros nunca fueron santo de mi devoción. Quizá esa pereza se deba a que mis padres me enviaron a formarme lejos de casa cuando sólo tenía ¡seis años! Eran otros tiempos. Lo pasé regular y bien. Regular, porque sólo veía a mi familia en vacaciones —o sea, de higos a brevas— y bien, porque la infancia es un país del que nunca acabamos de irnos.

## **DIAMANTE EN BRUTO, MÁS BRUTO QUE DIAMANTE**

Quizá fue por mi temprano «exilio» escolar o quizá no, pero el caso es que, de crío, suspendí todo lo que se podía suspender y más. Carlos, mi padre, que se había empeñado en tallar el diamante en bruto —más bruto que diamante— que él suponía que había en mí, llegó a encerrarme durante un largo y cálido verano en el célebre colegio de Campillos, provincia de Málaga, un centro que no era un reformatorio, pero que se le parecía bastante.

A propósito de este episodio hay quien ha llegado a pensar que fui un delincuente infantil, algo que, a efectos biográficos, quedaría muy oportuno, peliculero, incluso. No es cierto, pero casi.

## **DE REPENTE, LA MADUREZ**

Ahora mismo me siento incapaz de encontrar una explicación, pero cuando me alcanzó de lleno la adolescencia, la etapa vital en la que la mayoría de los seres humanos «enloquecen» transitoriamente porque ni son ni dejan de ser, yo me reconcilé con las aulas y emigré a Madrid para estudiar Derecho y Económicas en el Instituto Católico de Administración y Dirección de Empresas, conocido popularmente como ICADE. Tenía sólo diecisiete años y, tras años de cerrazón e «insuficientes», había madurado. Raro que es uno.

Cuando me licencié, trabajé como abogado en Ciudad Real —sin ningún éxito, no vale la pena negarlo— y después entré en la plantilla de una compañía con la ardua misión de vender papel. No se me daba mal y ganaba bien. Pero la «mili» me impidió labrarme un futuro en la empresa privada.

Lo siguiente fue presentarme a las oposiciones para ser juez de distrito, una figura que ya no existe. Nos examinamos cien compañeros y obtuve el número trece de la promoción. Y no, no soy supersticioso. Nos entregó los diplomas Íñigo Cavero, ministro de Justicia de la Unión de Centro Democrático (UCD), que lideraba el luego defenestrado Adolfo Suárez, y que resultó ser un partido muy cercano a mi familia: luego les cuento.

Los jueces de distrito éramos un cajón de sastre. Hacíamos de todo: auxiliábamos a los instructores en sus investigaciones, celebrábamos juicios de faltas o dirimíamos plei-

tos de aguas, que es una materia muy entretenida, pero compleja. Así que no me extenderé sobre este punto.

Yo no tenía vocación de jurista, pero nunca me he arrepentido de aquella decisión, y menos aún de la de especializarme en menores. Hoy no cambio mi profesión por nada del mundo. Primero, porque me gusta, y segundo, porque ya no sabría hacer otra cosa. Y es un oficio complicado. Soy consciente de que puedo haber condenado a inocentes, pero si ha sido así es porque he tenido la plena convicción de que estaba ante un culpable. Todos nos equivocamos.

## **EL HAMAQUERO**

Un último recuerdo: mi mujer —a su enfermedad y fallecimiento me referiré con detenimiento un poco más adelante— solía afirmar que yo era un pelín «hortera». Era verdad. Me encanta la ropa de color chillón y desenfadada. También las riñoneras. ¡Qué le vamos a hacer!, opino que es un objeto muy útil. El caso es que siempre llevaba una anudada a mi cintura cuando bajábamos a la playa de Torremolinos, en Málaga, una excursión que hacíamos con bastante frecuencia dada su cercanía a Granada.

Pues bien, los turistas que allí se solazaban tenían la peculiar manía de confundirme con un hamaquero. No fue una vez. Me ocurrió durante tres años seguidos. Porque soy honrado, que si no me habría sacado un pico alquilando tumbonas.

Bueno, hasta aquí un somero borrador de mi carné de identidad, del DNI de Emilio a secas. Ahora le toca el turno a don Emilio, el magistrado.

## **DON EMILIO**

Cuando estrené las puñetas era muy joven. En tales circunstancias, me costó un notable esfuerzo ganarme el estatus

de don Emilio, un «rango» que, la verdad, ahora me trae sin cuidado. Y me parece que entonces también.

Defiendo el respeto y hablo de usted a las personas con las que no comparto una cierta intimidad. Las formas son importantes. Siempre me pongo la toga con corbata. Me gusta. Cuando estoy en una sala de justicia, soy el poder judicial. Igual que el diputado es el poder legislativo, y un ministro, el ejecutivo. Con sus privilegios y sus servidumbres.

Tal y como yo lo veo, los jueces no somos los «mandos intermedios» de una empresa llamada Consejo General del Poder Judicial —el órgano de gobierno de los magistrados—, que es lo que parece que se quiere imponer ahora. Insisto, encarnamos a un poder del Estado. Lo cual no tiene que ser necesariamente sinónimo de reverencia y sumisión.

A estas alturas de mi carrera —llevo treinta años de servicio y soy el juez de Menores más antiguo de España— me han llamado de todo: señoría —es lo más habitual—, don Emilio, Emilio o «hijo puta» —con perdón—, que es la terminología a la que suelen recurrir los chavales que no están de acuerdo, por ejemplo, con que los meta en un centro de internamiento durante unos años. No me enfado. Lo entiendo. También hay quien te da las gracias.

Me viene a la memoria en este sentido el caso de un chico al que juzgué y condené siete veces en una misma mañana por la comisión de una alarmante cadena de robos con violencia, sobre todo, tirones. En total, le cayeron 36 meses de internamiento y otros tantos de libertad vigilada. Cuando terminamos con el papeleo, su madre se acercó al estrado y me dijo: «Gracias por condenar a mi hijo». Me había sucedido en otras ocasiones, pero aquella fue especial. El adolescente había iniciado su carrera criminal cuando la familia se trasladó a Granada. Hasta entonces había sido un muchacho normal, tirando a bueno, pero el cambio le afec-

tó. Para acabar de arreglarlo, el niño tuvo «malas juntas» — malas compañías— en su nueva ciudad y empezó a meterse en líos. El agradecimiento de la madre fue una demostración de amor hacia el zagal. Por eso estoy seguro de que saldrá adelante.

### **«ILUSTRÍSIMO SEÑOR» A LOS VEINTICUATRO**

De vuelta a mi pasado más lejano, les contaré que mi primer destino fue Tenerife. Tenía veinticuatro años y era «ilustrísimo señor», que es el tratamiento que lleva aparejado la condición de togado. Como es natural, yo no me veía así. Repito, sólo tenía veinticuatro años. Y a esa edad es muy difícil sentirse «ilustrísimo señor». Ni siquiera «ilustre». Pero es que los demás tampoco acababan de creérselo. A las pruebas me remito. El primer día que acudí a mi trabajo, los guardias que custodiaban los tribunales no me dejaron aparcar en la plaza que tenía reservada. Me echaron y tuve que estacionar mi flamante coche de segunda mano, valga la paradoja, en otro sitio.

Algunos años después, cuando llegué a Granada, también me expulsaron de mi despacho. Se conoce que el magistrado encargado de darme la bienvenida esperaba a otro «tipo» de persona y me mostró la puerta de salida con cierto enfado: «Joven, aquí no puede estar: es un tribunal de justicia», me espetó. Un tanto turbado por la situación, me identifiqué y se aclaró el equívoco.

El hecho de que me desplazara a bordo de una «vespa», también usada, no ayudaba a otorgarme la solemnidad de la que se suponía que debía revestirse un juez.

### **ALUMNOS Y AMIGOS**

Pero ponerse mayestático a los veinticuatro no es fácil. Azucena, con la que ya me había casado, era todavía más joven: veintiuna primaveras. Ella estudiaba primero de Far-

macia, y yo, además de llevar un juzgado en la localidad tinerfeña de Güímar, daba clases en la facultad de Derecho de La Laguna. Los compañeros de curso de Azucena y mis alumnos eran nuestros amigos.

Un paréntesis antes de continuar: sostengo en todas mis intervenciones públicas que un padre no puede ser colega de su hijo porque entonces el niño se quedaría huérfano. Lo mismo pienso de los profesores: es un error que intenten tener «camaradas» en lugar de discípulos aplicados. Ha de haber distancias. Hace muchos años, más de los que quisiera, en Tenerife, me salté esa norma, y hoy pido disculpas por ello. No soy infalible. En casa del herrero, cuchillo de palo... ¡Pero es que he caído en la cuenta en este preciso instante, cuando ponía en orden mis recuerdos! Asumo mi defensa y alego en mi descargo que sólo tenía veinticuatro años. Y el que a esa edad estuviera libre de pecado, que arroje la primera piedra. Fin de la cita.

### «PAJARITOS A BAILAR»

Era juez, cierto, pero también un hombre recién salido de la adolescencia. Y como tal me comportaba en mis ratos libres. Instruía diligencias, impartía clases en Derecho y podía terminar la jornada ganando un concurso en un circo, concretamente, en el de Ángel Cristo y Bárbara Rey. La función incluía una competición para elegir al mejor bailarín de *Los pajaritos*, la canción que popularizó María Jesús con su acordeón. «Pajaritos a bailar, cuando acabes de nacer, tu colita has de mover, chu, chu, chu...». Nadie que ronde el medio siglo la habrá olvidado.

Fui el campeón y me regalaron una guitarra, que no sé en qué traslado se perdió. Ahí queda eso. Supongo que nadie imaginó que aquel jovenzuelo que se movía como una anguila hiperactiva en el centro de una carpa circense era el poder judicial. No daba el perfil.